

CAPITULO ALFONSO

LA FLOR DEL CARBÓN

La flor del carbón.

La boca de la mina brillaba enfrente de nosotros pálida y redonda. Parecía una luna inmóvil sobre un cielo negro.

Dentro quedaba el mundo lúgubre de la hulla; un mundo que el reflejo de los candiles nos había ido mostrando poco a poco.

Bóvedas tenebrosas en las cuales florecían musgos color de nieve; paredes donde el agua, al tropezar con las vetas rojas que bordean el filón, se volvía sangre; boquetes, pozos invertidos a cuyo fondo se

subía en vez de bajar; hornos ventiladores empequeñecidos por la distancia para transformarse en estrellas; ir y venir continuo de las vagonetas sobre los carriles; continuo gotear de las filtraciones contra el suelo; golpear continuo también de los picos en la rebelde cantera de ébano.

La mina entera había desfilado delante de mis ojos, dejando en el interior de mi cráneo multitud de visiones indeterminadas y confusas. Sólo una se destacaba entre ellas con absoluta precisión; los boquetes, los pozos invertidos, a cuyo fondo se subía en lugar de bajar, trepando por escalas firmes, haciendo oposiciones a gato unas veces, y otras a reptil, para conquistar plazoleas minúsculas, boquetes algo más espaciosos, donde un hombre, un minero, andaba a piquetazos con el mineral y «a quién puede más» con la asfixia.

Ignoro si fueron las negruras morales

de aquel cuadro o las materiales negruras de la mina, motivadoras de mi ansia por salir cuanto antes, por salvar la distancia que me separaba del círculo redondo y pálido, de aquella luna inmóvil que se iba agrandando lentamente; pero es lo cierto que cuando el día me envolvió con su luz y el paisaje asturiano manchó de verde mis pupilas y el cielo las inundó de azul, imaginé que luego de estar muerto y enterrado durante dos horas, me desenterraban y volvía a vivir.

No respiraba solamente con los pulmones, satisfecho de absorber aire propio de hombres, aire calentado con sol; respiraba con los ojos, con los oídos, con todo mi cuerpo, como los chiquillos que nacen.

Doblemente hermosos parecieronme entonces los montes que encauzan el extenso valle salpicado de pueblecillos blancos, de boscajes sombríos, de húmedas y

melancólicas praderas; cien veces más alegre el viaje espumoso del río, que se encabrita sobre los peñascos y se desmaya entre los juncos; mil veces más dulces las voces femeninas que subían del valle haciendo competencias al río en amorosidad y en frescura.

Hermoso y atrayente, más hermoso y atrayente que nunca cuanto al mirar mío se mostraban: los árboles, brotando de la tierra para subir al cielo y abrirse en encajes de ramas, y las chimeneas brotando de las fábricas para ascender al espacio y deshacerse en jirones de humo; las nubes embellecidas por los rayos solares, y los campos embellecidos por los capullos de las flores; los pájaros retozando en torno de sus nidos, y los hombres yendo y viniendo a la puerta de sus viviendas: porque todo, todo se poetizaba a mis ojos...

Hasta una escombrera que entenebre-

cía con su negro desplome las verduras de la montaña, quiso engalanarse también, dejando que unas violetas esmaltaran, con el terciopelo de sus hojas, el polvillo mate del carbón.

Era casualidad, pero antojóseme en aquel instante respeto, lástima sentida por aquella ola negra, que las palas de los trabajadores acrecían, hacia las flores ansiosas de vivir.

Bien lo merecían por su humildad y por su belleza.

Como a hermanas suyas debía contemplarlas una muchacha de quince años, que apoyándose en el regatón de la pala, dejaba perderse, en las lejanías del valle, sus ojos azules y dormidos.

Al igual de las violetas sobre la escombrera, erguía-se ella junto a la boca de la mina. Era pequeñita, delgada; su pelo rubio se desmechonaba sobre la nuca, como

una toca de oro; de su cuerpo se adivinaba la esbeltez entre los harapos mal zurcidos para vestirlo; de su rostro tiznado sólo se descubrían los ojos dormilones, los dientes blancos y los labios bermejos, que sonreían plegándose en forma de capullo a punto de abrir.

Resultaba poética y seductora imagen, nota dulcísima de juventud, inclinándose sobre un abismo para recoger en sus oídos los rumores del río saltarín, y en sus pupilas las tonalidades suaves del crepúsculo.

Hija de mineros, allí estaba, removiendo el polvo negro del carbón con sus brazos débiles, mientras sus padres y sus hermanos cortaban la piedra negra del carbón con sus brazos robustos; allí estaba junto a la mina, enfrente del boquete redondo y pálido que parecía una luna inmóvil.

Allí estaba, apoyada contra la pala, rodeada de mineros tiznados como ella y dejando perderse en las lejanías del paisaje el claro mirar de sus pupilas...

Después de contemplarla algunos instantes, volví la cabeza para dar a las violetas un adiós.

Habían desaparecido. Una paletada de escoria cayendo sobre ellas las dejó enterradas para siempre.

La muchacha seguía apoyada en el regatón de su herramienta.

¿Qué paletada negra la enterrará?...

ENRIQUETA ALEMANY

OPUSCULO ALFONSO

Enriqueta Alemany.

Rasgó al azar uno de los diarios puestos sobre la artística mesa de escritorio; cogió el pedazo más pequeño y, envolviéndola en él, me entregó su fotografía, avalorada con la cortés dedicatoria que escribió muy cerca de mí su manecita cubierta de brillantes.

— Tome usted — me dijo, prestando la mimosería de su acento italiano al idioma español en que hablaba entonces —; tome usted, y no olvide nunca el original del retrato, el afecto que nos ha unido y nues-

tro almuerzo de despedida... ¡Ah! No baje usted a la estación; allí debo ser para el público. Hagamos lo que en el teatro. Usted entre los bastidores y el público en la sala. Sólo que en esta escena acaso no haya mutis que nos permita volvernos a encontrar en el mundo.

Hubo un silencio durante el cual mis ojos recorrieron el elegantísimo gabinete decorado por la actriz, para vivirlo seis meses, con igual lujo que si hubiera ido a ocuparlo años y años.

Muebles que le costaron un dineral y malvendió el día antes, mostrábanse en desorden, como si fueran seres inanimados que se habían revuelto angustiosamente para dar a su dueño el último adiós. Encima de una de las mesas veíanse cuatro o cinco estuches abiertos, donde relampagueaban joyas no empaquetadas aún; sobre la *chaise-longue* de raso

azul pálido caía desmayadamente, con las mangas recogidas sobre el almohadón y los botones sueltos, su bata de encaje, conservando todavía entre sus pliegues desordenados el perfume favorito de su ama; por la boca de un baúl sin cerrar asomaban terciopelos y blondas, y por la de un tarjetero de bronce cartulinas cubiertas por coronas que representaban las tradiciones feudales de todos los pueblos, por nombres que tuvieron la modestia de no coronarse litográficamente con hojas de laurel y por apellidos cada una de cuyas letras era un cheque a la vista, con las cantidades en blanco.

Todo aquello significaba algo así como el resumen de los tributos rendidos por la gente a la belleza y al talento de la mujer que, en el cenit de su hermosura y de su genio, volvía locos a los hombres que la adoraban y a los públicos que la aplaudían.

Y allí, en un rincón de aquel nido provisional, junto al veladorcito donde se bebían dos tazas de café, que sólo conservaban posos del fruto que las perfumó, estaba ella, la actriz favorita del público, la mujer tirana de sus adoradores, acodada sobre el plano de jaspe, apoyada la frente en sus manos cubiertas de brillantes y dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas de pena.

Allí estaba la artista incomparable, la hembra hermosísima, la dominadora de multitudes e individuos, la que derrochaba su hermosura y su genio y su oro, sin cuidarse del pasado, sin cuidarse del porvenir, atenta tan sólo al disfrute que le proporcionaba su reinado de gran cómica y de gran mujer.

Allí estaba sin acordarse del oro fundido por su manos, de los corazones rotos por sus desdenes, de los nombres que re-

presentaban cada una de sus joyas; allí estaba dejando caer por sus mejillas dos lágrimas de pena... ¿Eran recuerdo dedicado al último público que la había aplaudido? ¿Al último hombre que rindió? ¡Vaya usted a averiguar!...

— ¡Ea! — exclamó, sacudiendo con un dedo sus lágrimas, y dirigiéndose hacia mí—. Cuando las temporadas terminan..., terminan. Adiós.

— Adiós — contesté.

Y abandoné su gabinete, mientras ella se disponía a rendir nuevos públicos, a enloquecer a numerosos hombres y a derrochar nuevos caudales.

*
* *

Al llegar a mi casa deslié el trozo de periódico, lo puse distraidamente encima de la mesa y clavé los ojos en el re-

trato de la actriz: por casualidad tropezaron aquéllos, cuando se apartaron de éste, con el pedazo de papel, deteniéndose sobre unas titulares negras, donde se leía el siguiente nombre: «Enriqueta Alemany.»

Era un entre artículo y suelto necrológico dando cuenta de que la notable cantante y la hermosísima mujer que se había hecho admirar de los públicos, adorar de los hombres y envidiar de las gentes por su fastuoso modo de vivir, acababa de morir en un hospital de Barcelona, vieja, pobre, inútil, abandonada de todo el mundo.

¡Tristes ironías del azar! El periódico envolvedor de la imagen que representaba a una artista y a una mujer en el apogeo de su genio y de su belleza, traía el recuerdo de otra criatura, si no tan gran artista como la primera, tan hermosa como ella, tan amada como ella, tan prodigiosa

como ella también; de una criatura que, acaso al mismo tiempo que la otra, rodeada por una multitud entusiasta, tomaba el estribo del tren para conquistar nuevas tierras con sus triunfos de actriz, de hembra y de fastuosa, iba camino del cementerio, estrechada por ataúd humilde y conducida por un carromato para encontrar lecho definitivo en la tierra de la fosa común.

— ¡Infeliz Enriqueta Alemany!—estuve a punto de exclamar con el autor de la noticia.

¿Infeliz?... Infeliz, ¿por qué?

Durante veinte años fué reina del género a que dedicó sus talentos; cientos de públicos la aplaudieron en pie; cientos de hombres suplicaron su amor de rodillas.

Sus trajes y sus joyas fueron envidia de las mujeres; sus triunfos escénicos, de sus compañeros en arte; sus trenes, de la mul-

titud; sus viviendas, de sus visitantes. Por espacio de esos veinte años triunfó, amó, gozó, gastó, reinó, vivió... Si al cabo de esos veinte años la vejez marchitó su rostro y destruyó sus facultades; si la miseria tomó desquite de sus despilfarros y la muerte vino a sorprenderla en el lecho de un hospital cualquiera, no debe llamársela infeliz. Pagó una deuda, y nada más.

No, no debe compadecerse a los artistas, porque en el pináculo de sus glorias derrochan su oro y su salud y su talento prodigándolo a manos llenas, sin acordarse del pasado y sin pensar en el porvenir, para recoger, como pago de este despilfarro total, una vejez mísera y una tumba anónima. Durante la época de sus triunfos han gozado, han vivido doble que esos seres precavidos que cuentan las pesetas y los garbanzos, que gradúan placeres y dolores, que lo tienen previsto todo, todo,

hasta el coste de la funeraria. No se quejen los primeros si, viviendo mejor, mueren peor que los segundos.

Saben, artistas o no artistas, quienes derrochan así la vida, el destino que les aguarda. Si, sabiéndolo, hacen lo que hacen por cuestión de temperamento o por desprecio del futuro, no hay por qué llamarlos infelices, ni para qué compadecerlos; como tampoco hay que burlarse de los que sacrifican su juventud a fin de tener seguros la vejez, la agonía y el entierro.

Unos y otros tienen su gusto y recogen las consecuencias.

Después de todo, ¡vaya usted a averiguar quiénes llevan razón!... ¿Son los que aceptan diez, quince, veinte años de existir pletórica en placeres y éxitos y fastuosidades, a cambio de diez, de quince, de veinte años miserables y de un sitio en la

fosa común? ¿Son los que moderan su vida para tener prontos y dispuestos a cualquier hora los caldos que pueden ayudarlos a bien morir y los caballos que han de transportarlos al cementerio?

Lo ignoro. Punto es éste en que me ha hecho ocuparme el azar del retrato y de la envoltura del retrato, pero que nunca discutí.

¿Para qué?

Viva cada uno como quiera, y la muerte con todos.

LA DEL ANTIFAZ